



HISTORIA
SAGRADA
DE LA SACROSANTA PASION
DE JESU-CHRISTO
NUESTRO REDENTOR,
VIDA NUESTRA.

SACADA DE LOS QUATRO EVANGELISTAS,
 y de varios Varones Espirituales, como el Venerable Ludovico Blosio, Rubroquio, la Madre Agreda y otros.

SU AUTOR DON HILARIO SANTOS ALONSO.

CON LAS LICENCIAS NECESARIAS.

En Valencia en la Imprenta de la Viuda de Agustin Laborda,
 en la Bolsería, donde se hallarán otras diferentes.



RESUMEN DE LA HISTORIA.

ACERCASE JESUS A JERUSALEN PARA SU PASION. Entra triunfante en esta ciudad. Predica en el templo, y arroja de él à los Negociantes. Concilio de los Fariseos para prenderle. Ajuste de Judas sobre la venta de Christo. Dispone la Cena del Cordero con sus Discipulos, y les laba los pies. Sale Jesus al Huerto, y se despide de su Madre. Lo acontecido en él. Prendimiento de Christo; y tratamiento que le hicieron al llevarle à casa de Anás. Huyen los Apóstoles. Negacion de San Pedro. Duélese de la ofensa, y se retira à llorarla. Desesperacion de Judas, y su horrible muerte. Entra Jesus en casa de Anás, y lo que alli padece de afrentas y desprecios. Llévanle à casa de Cayfás, donde le hacen la causa con testigos falsos. Baldones que alli tolera toda aquella noche. Vuélvense à juntar los Jueces por la mañana, y determinan remitirle à Pilatos para que le sentencie à muerte. Llévanle inhumanamente. Sale à encontrarse con su Hijo la afligidísima Madre, y las cosas que oye de los Judios. Infórmase Pilatos de la causa, y no hallando motivos para condenarle, procura libertar à Jesus. Remítele para Herodes; y escarnio que éste hizo de Jesus. Medio que usa Pilatos para libertar à Christo. Consejos que le dió su muger para que le soltáse. Azotan cruelísimamente à Jesus. Coronanle de espinas, y hacen con él mil escarnios. Vuelve Pilatos à pretender librar à Christo, pero nada consigue. Sentencia de muerte contra Jesus. Quitarle la púrpura andrajosa, y la corona de espinas, para ponerle su ropa, y martirio que aqui padece. Sale para el Calvario con la cruz acuestas. Sus caídas: y las inhumanidades que con él hacen para levantarlo. Sale Maria Santísima à encontrarse con su Hijo, y qué executa. Una buena Muger le limpia el sudor de su santísimo rostro. Llega Christo al Calvario, y desnudo le tienden sobre la cruz y le crucifican. Enarbolan la cruz con grande griteria, blasfemándole, y diciéndole mil afrentas. Crucifican con él dos Ladrones, y uno de ellos se convierte. Palabras de Christo en la cruz. Muere Jesus, y sentimiento de las criaturas. Conversion del Centurion. Entierro de Christo.

Habiendo llegado el tiempo, en que nuestro Salvador Jesus determinaba sacar del cautiverio del infierno à todos los mortales, y llegada la hora de padecer por el hombre, para limpiarle con su preciosísima sangre la asquerosa mancha de sus culpas, dispuso el irse acercando à la ciudad de Jerusalem, donde había de ser crucificado y muerto por los Judios. Dirigió su camino primeramente para Betania à la casa de sus amadas Marta y Maria, hermanas de Lázaro, à quien no habia mucho tiempo

po que habia resucitado, despues de quatro días muerto, y sepultado en su sepulcro. Aquí se hospedó Jesus con su Madre Santísima y sus Discípulos, habiendo dispuesto las dos hermanas una gran cena para tan sagrados huéspedes, que habian de hacer mansion aquella noche del Sábado antes del Domingo de Ramos.

En este dia bien de mañana salió el divino Maestro con sus Discípulos para Jerusalem, donde tenia determinado entrar con triunfo. A dos leguas de camino llegó à Betfage, casa de los Sacerdotes, donde tenian su recreacion, sita à la falda del monte Olivete. Desde aqui envió el amantísimo Señor à dos Discípulos à la casa de un hombre poderoso, que estaba cerca, y les dijo, le pidiesen dos jumentillos que tenia, uno que nadie habia usado hasta entónces; y el buen hombre, luego que oyó el recado de Christo, se los entregó de buena voluntad, como dice San Mateo al cap. 21. en el v. 2. Empezó nuestro Salvador à caminar desde aqui para Jerusalem, montado en uno de ellos. Aderezáronse los Discípulos con sus vestidos y capas, y no ménos la jumentilla compañera; porque de entrambos se sirvió el Señor en este triunfo, conforme à las Profecías de Isaías al cap. 62. y de Zacarías al cap. 9. v. 9. que muchos siglos ántes lo dexaron escrito, para que no tuviesen ignorancia los Sacerdotes y Sabios de la Ley.

Entró nuestro Redentor en aquella populosa ciudad de Jerusalem: y à la novedad de ver à Christo entrar de aquella suerte, concurrieron muchos de todo el pueblo; y así pequeños como grandes con grande alborozo empezaron à aclamar à Jesus de Nazaret por verdadero Mesias, hijo de David, Salvador del mundo, y Rey verdadero. *Bendito sea el que viene como Rey en el nombre del Señor*, decian unos. Otros decian: *sálvanos, hijo de David; bendito sea el reyno que ya ha venido de nuestro padre David.* Y cortando unos y otros palmas y ramos de los árboles, en señal de triunfo y alegría, y arrojando por el camino que pisaba Christo sus vestiduras, aclamaban al Hijo de Dios humanado. A estas demonstraciones singulares fueron movidos por la virtud divina sobre los milagros que le habian visto obrar: porque à no ser así, cómo era posible, que tantos hombres juntos, muchos de ellos gentiles, y otros enemigos declarados, le aclamaran por verdadero Rey, Salvador y Mesias, y se rindieran à un hombre humilde y perseguido, que no venia con aparato de armas, ni en caballos soberbios, sino montado en un humilde y manso jumentillo? Además, que era bien sabido, como los Sacerdotes y Fariseos le tenian puestas espías, le aguardaban y buscaban para quitarle la

vida en la misma ciudad: por lo que era manifiesta en los efectos la virtud divina, que movia con su fuerza y voluntad los corazones humanos, para que se rindiesen à su Criador y Redentor.

Entrando en la ciudad con júbilo de todos los moradores, se apeó del jumentillo, y luego dirigió sus pasos al templo, donde al entrar, viéndole profanado con varias mercancías que vendian en él, empezó à derribar las mesas de los Mercaderes, y zelando la honra de la casa de su Padre, echó fuera à los que la hacian casa de negociacion, y cueva de ladrones. Estuvo Jesu-Christo en el templo enseñando y predicando, hasta la noche que se volvió à Betania con sus Discipulos, sin haber tomado siquiera un vaso de agua, ni haber quien se la diese, ni quien le hospedase y recibiese en su casa, de tantos como le habian aclamado y reconocido Mesías. Bien es, que como dicen algunas almas santas, luego que se concluyó el triunfo, suspendió la diestra del Señor el influxo que daba à los moradores de Jerusalem, y muchos se volvieron al estado de sus vicios, empezando de nuevo à perseguir à nuestro Salvador.

Concurrió el Salvador del mundo los dias siguientes Lunes y Mártes tambien al templo, à enseñar y predicar, pero no con aquel aparato que el Domingo; mas el Miércoles se quedó en Betania. Este dia se juntaron de nuevo en casa del Pontífice Cayfás los Escribas y Fariseos, para maquinare dolosamente la muerte del Redentor del mundo; porque habian quedado muy irritados y con mayor envidia, viendo el aplauso que en la entrada de Jerusalem habian hecho con su Magestad todos los moradores de la ciudad, cayendo esto sobre el milagro de haber resucitado à Lázaro, y otras maravillas que habia obrado Christo en los tres dias que habia concurrido desde Betania al templo.

Juntos estos malvados Príncipes en Concilio, resolvieron, que se le quitase la vida à Jesus, paliando esta impia crueldad con pretexto del bien público; y entónces fue quando el perverso Pontífice Cayfás profetizó; *que era conveniente muriese uno del pueblo, para que no pereciesen todos*, segun lo refiere el Evangelista San Mateo al cap. 26. El demonio que los vió resueltos à executar tan horrible maldad, puso en la imaginacion de algunos, no executasen este acuerdo en la fiesta de la Pasqua, porque no se alborotase el Pueblo, que veneraba à Christo nuestro Señor como Mesías ó gran Profera. Pero esto no tuvo efecto; porque como Júdas estaba ya entregado à su misma codicia y maldad, y asimismo destituido de la gracia, que para revocarla era menester, acudió al Concilio de los Pontífices muy azorado è inquieto, y trató con ellos de la entrega de su Maestro. Ajustóse con ellos sobre lo que

le habian de dar, si querian que se les entregase en sus manos; y rematóse el concierto ó venta en treinta dineros. O vil hombre, que tan barato vendes al que monta mas que todos los tesoros del mundo! Por no perder los del Concilio esta ocasion que Júdas les ofrecia, atropellaron con el inconveniente de ser Pasqua.

Volvió Júdas muy disimulado al Colegio, y entónces todo su cuidado era inquirir y preguntar à los Apóstoles, à qué lugar tenia determinado Christo ir desde Betania, ó qué disponia su Magestad hacer aquellos dias. Todas estas preguntas dolosas las hacia el Discípulo malvado, para disponer mejor la entrega de su Maestro, que dexaba contratada con los Príncipes de los Fariseos. Viendo que no podia descubrir entre sus compañeros las determinaciones de su Maestro, al salir de Betania se fue à la Sacratísima Virgen María, y la preguntó; dónde determinaba su Hijo santísimo ir à celebrar la Pasqua. Mas esta gran Señora, sabedora ya por su Hijo del contrato que este traydor dexaba hecho con los Fariseos, le respondió como prudentísima: *quién podrá entender, ó Júdas, los juicios y secretos del Altísimo?* Advertida la gran Reyna del cielo y tierra de lo que habia tratado y dexado concertado el perverso Júdas contra Jesus su Maestro, le dexó desde entónces de amonestar y exhortar, para que se retractase de su pecado, porque ántes de ahora le andaba continuamente aconsejando, se separase de sus malos intentos y procederes; aunque siempre el Señor y su Madre le sufrieron y toleraron, hasta que él mismo desesperó del remedio y salud eterna.

Llegó el Jueves, vispera de la pasion y muerte del Salvador, y este dia bien de mañana se fue el Hijo à la Madre, y la dió parte de lo próximo que estaba ya el padecer por el hombre. Consolóla lo mas que pudo, porque conocia el benignísimo Jesus, que esta noticia la habia de traspasar el corazon con aquel cuchillo de dolor que la profetizó Simeon en el templo. Díxola, que le diese licencia para ir à morir por el linage humano, segun y como lo tenia determinado su Padre; pues no ignoraba, que el haber venido desde su seno à tomar carne en sus purísimas entrañas, habia sido con el fin de padecer y morir por el hombre, y rescatarle del cautiverio del infierno. La afligidísima Madre se resignó toda en la voluntad del Eterno Padre, suplicando à su Hijo amantísimo, que la diese fortaleza y virtud, para poder llevar las amarguísimas aflicciones que la esperaban en su pasion y muerte, y podérselas ofrecer al Eterno Padre. Concluidos estos razonamientos tiernos de Madre è Hijo, con otros muchos, y algunas otras advertencias que el Señor hizo à María de lo que habia de practicar aquel dia y los si-



guientes hasta su resurreccion , la echó su bendicion , y se despidió de ella hasta Jerusalem , donde le mandó fuese poco despues que él hubiese salido con sus Discípulos , y llevase consigo aquellas Mugeress santas , discipulas suyas y del Salvador.

Poco ántes del medio dia salió de Betania Jesus con sus Apóstoles , conferenciando con ellos con dulcísimas palabras que les penetraba los corazones ; porque habiéndolos amado siempre , ya en aquellas horas últimas de su vida , como Cisne divino , manifestaba con mas fuerza la suavidad de su voz y la dulzura de su amor. Preguntáronle , dónde queria celebrar la Pasqua del Cordero , que aquella noche cenaban los Judíos. El benignísimo Jesus dixo à San Pedro y à San Juan , que se adelantasen à Jerusalem , y preparasen la Cena del Cordero en casa de un hombre , donde viesen entrar un criado con un cántaro de agua , y le dixesen al dueño , que le previniese aposento ó pieza para cenar con sus Discípulos. Era este vecino de Jerusalem , hombre rico , principal y devoto del Salvador , y de los que habian creído en su doctrina y milagros ; y por su piadosa devocion mereció , que el Autor de la vida eligiera su casa para santificarla con los milagros que obró en ella , dexándola consagrada en templo.

Luego que recibió el buen hombre el recado de Christo , ofreció liberalmente su casa , con todo lo necesario para la Cena legal , habiendo sido ilustrado su corazon entónces de los Misterios que allí habia de obrar el Redentor del mundo. Al punto eligió una pieza bien grande , colgada y adornada con mucha decencia , qual convenia para tan altos Sacramentos ; aunque algunas almas santas dicen , que fue el dueño de la casa ilustrado : pero que ni él , ni los Apóstoles supieron lo que Christo habia de obrar allí , hasta que lo vieron.

Prevenido todo , llegó la Magestad Divina con los demás Discípulos , y de allí à poco su Madre santísima con las santas Mugeress , quienes por órden del Señor se retiraron à un quarto separado , donde estuviesen à la vista de lo que Jesus determinaba hacer aquella noche. Encargólas que perseverasen en la fe y oracion la sacratísima Virgen , para esperar la Comunión , que en breve les habia de dar su Hijo como à los demás Discípulos. Llegada la hora , celebró el Señor la Cena del Cordero , guardando todas las ceremonias de la Ley ; y dando inteligencia à los Apóstoles de las ceremonias de ella , significóles la verdad de lo que él mismo iba cumpliendo como Redentor del mundo. Hízoles conocer , que la Ley antigua de Moysés y sus figuras quedarian evacuadas con la verdad figurada , y no podrian durar mas las sombras,

lle-



llegando en él la luz y principio de la nueva Ley de gracia, en la qual solo quedarian los preceptos de la Ley natural, que era perpetua, aunque éstos realzados y perficionados con otros preceptos divinos. Asimismo, que establecidos los nuevos Sacramentos de su nueva Ley, todos los antiguos cesarian como figurativos; y que para todo esto celebraba con ellos aquella Cena, que era el fin à que habia baxado del seno del Padre.

Empezó el dulcísimo Jesus à celebrar la Cena, haciendo poner à la mesa à todos sus Apóstoles, y hasta el perverso Júdas, de quien sabia como ya le tenia ajustado y vendido à los Príncipes de los Judíos, permitiéndole que metiese su alevosa y sucia mano en el plato en que la entraba el purísimo y soberano Jesus. Concluida la Cena, pasó el dulcísimo Maestro à labar los pies à sus Discipulos. Mandóles sentar en orden, y llegando donde estaba San Pedro, éste turbado y admirado de ver al Hijo de Dios à sus pies, lleno de fervor, dixo: *¿tú, Señor, me labas à mí los pies?* Respondió Christo: *tú ignoras ahora lo que yo hago, pero despues lo sabrás.* En medio de eso impedido San Pedro con el afecto de su humildad, replicó al Señor: *jamás consentiré que tú me labes los pies.* Mas el Autor de la vida con alguna severidad le dixo: *si yo no te labare, no tendrás parte conmigo.* A esta respuesta y amenaza respondió San Pedro rendido y humilde: *Señor, no solo doy los pies, sino las manos y la cabeza.* Admitió Christo este rendimiento de San Pedro, y le dixo: *vosotros estais limpios, aunque no todos; y el que está limpio, no tiene que labarse mas que los pies.* Esto dixo Jesus, porque los Discipulos estaban justificados y limpios de pecado: pero no todos; porque se hallaba entre ellos el inmundísimo Júdas. Con esto se labó San Pedro, obedecieron los demás, llenos de asombro y lágrimas, al ver postrado por los suelòs al altísimo Dios, à quien los Angeles todos se postran, y no se atreven à mirar.

Llegó Jesu-Christo al perverso Júdas, cuya traicion y alevosía no pudieron extinguir la caridad de Christo, para que dexase de hacer con él mayores demonstraciones que con los otros Apóstoles: porque se le puso delante con un rostro agradable y cariñoso, labándole, besándole, y llegando al pecho sus pies. Con estas afables y caritativas demonstraciones, como que le decia: *Júdas amado, ten compasion de ti, como yo la tengo: ¿es posible que te has de precipitar tan sin remedio? Vives ciego de lo que tienes tramado contra mí, que tantos favores te he hecho, haciéndote mi Apóstol, trayéndote en mi compañía, dándote à comer de mi plato, y por último labándote ahora tus pies. Ea desiste de tus intentos, que*

aun estás à tiempo que yo te reciba. Duélete de la ofensa que me has hecho, y esperas hacerme, que como así lo hagas, jamás me acordaré de tus culpas. Soy tu Padre amoroso, que te crié, te honré, y te amo como à hijo. ¿Qué mas pudiera hacer el benignísimo Jesus? Y así dice una alma santa, que al mismo tiempo que le estaba labando los pies, le tocó al interior con grandes inspiraciones, siendo entónçes los auxilios mayores con Júdas que con otro de los Apóstoles. Pero nada le reduxo de su tramada intencion; ántes fue cosa notable, segun afirman algunos Místicos, que no quiso mirar el rostro de Jesus: porque con esta accion de Christo se irritó mas contra él. Es verdad (dicen) que desde que perdió la fe y la gracia, tuvo un grande odio à su Magestad y à su Madre santísima, no mirádoles jamás à la cara.

De aquí podemos sacar una gran doctrina muy provechosa para nuestras almas, viendo à este soberano Señor cómo trataba à su grande enemigo, que tantas asechanzas ponía à su vida; y que sabiendo que le aborrecía, y le tramaba la muerte, con todo le ama, le acaricia, y pone los medios mas fuertes para que desista de sus intentos, que le llevan irremediabilmente al infierno. Bien es, que todo esto lo executaba el benignísimo Jesus para darnos exemplo, y enseñarnos cómo habíamos de portarnos con nuestros enemigos. Pero ay cielos! qué poco aprecio hacen muchos de esta celestial doctrina: pues lo mismo es verse ofendidos de algun otro, que desear la venganza, procurando destruirle, y acabar del todo con él; y quando no pueden con las manos, se valen de la lengua, quitándole la honra, y la fama, para hacerle odioso y aborrecido de todos.

Por último, concluyó Jesus su laboratorio: y sentándose con sus Discípulos, les dixo: *sabeis lo que he hecho con vosotros! Llamaisme Maestro y Señor, y decís bien, porque lo soy. Pues si yo, que soy vuestro Señor y Maestro, he labado vuestros pies, tambien debéis vosotros labar los unos los de los otros. Porque yo os he dado este exemplo, para que lo hagais como yo lo acabo de hacer: pues no ha de ser el Discípulo mas que el Maestro, ni el Siervo mas que el Señor, ni el Apóstol ha de ser mayor que quien le envia.* En todos estos lances, así de la Cena, como del lavatorio, como ya Jesus les habia insinuado que uno de los Apóstoles le habia de vender, ninguno lo llegó à saber: solo à San Juan, como tan amado, dicen algunos que se lo inspiró Christo, quien à nadie se lo dixo. Mas San Pedro no paraba de inquirir quién fuese, para impedirlo, ó vengarle con aquel fervor y ardor que ardía en su pecho para con Jesus; pero no se pudo saber por entónçes.

En-

Entrada ya la noche, determinó nuestro Redentor irse à orar al Huerto de las Olivas ú Olivete, donde acostumbraba ir muchas veces. Al salir, se encontraron Hijo y Madre, y tras-pasando el corazon de entrambos la penetrante espada de dolor à un mismo tiempo, se despidió la afligidísima Madre de su Hijo con copiosísimas lágrimas; mas éste la dixo: *Madre mia, con vos estaré en la tribulacion; hagamos la voluntad de mi Eterno Padre, y la salud de los bombres.* Con esto se retiró la sacratísima Vírgen à su aposento. El dueño de la casa, que se hallaba presente à esta tierna despedida, fue conmovido à una suma ternura, y con impulso divino se ofreció todo à esta Señora con su casa y todos sus haberes, para que se sirviese de ellos mientras estuviese en Jerusalem; y la soberana Reyna de cielo y tierra lo admitió con humilde agradecimiento.

Salieron todos los Discípulos del Cenáculo, y los Apóstoles siguieron à Christo: mas Júdas se iba deteniendo y desviando de los demás, sin que ellos lo advirtiesen por entónces; pero al punto que los perdió de vista, y vió que su Maestro dirigia sus pasos al monte Olivete, partió à toda prisa à dar parte à los Príncipes de los Sacerdotes, que le esperaban con ansia. Díxoles, como dexaba à su Maestro con los Apóstoles en el monte de las Olivas, que fuesen con cautela y bien prevenidos, para que no se les fuese de entre las manos con las artes y mañas que sabia; y luego empezaron à buscar gente armada para salir prontamente al prendimiento del inocentísimo Cordero.

Quando Júdas iba à dar aviso à los Príncipes de los Sacerdotes, dice la Ven. Madre Agreda, que se le hizo contradizo el demonio, que sospechando que Júdas era el verdadero Mesías, quiso disuadirle la traicion; mas el malvado Discípulo no hizo aprecio de sus consejos, y tiró adelante à su precipicio y destruccion. Hallábase ya nuestro Redentor en el Monte con sus Apóstoles, y entróse con ellos en un Huerto que se llamaba Getsemaní. Díxoles: esperadme en este sitio, mientras yo me alexo un poco à la oracion, y orad tambien vosotros, para que no entreis en tentacion. Llamó à los tres amados, Pedro, Santiago y Juan, y con ellos se apartó à orar. Ofrecióse Christo de nuevo al Padre en satisfaccion de su Justicia, y dió consentimiento à los tormentos de su Pasion y Muerte, para que executasen en su santísima humanidad lo que estaba decretado por el Padre. Suspendió por entónces el consuelo y alivio, que de la parte impassible pudiera redundarle, para que con este desamparo llegasen sus dolores à lo sumo de padecer. Comenzó luego à congoxarse y sentir grandes angustias, y

entonces dixo à los Apóstoles : *triste está mi alma hasta la muerte.*

Apartóse luego el Señor de los tres Apóstoles, encargándoles que le esperasen allí, que velasen y orasen; y postrándose en tierra, exclamó à su Padre : *Padre mio, si es posible, pase de mi este cáliz, pero en todo cúmplase tu voluntad.* Esta oracion repitió el Señor tres veces, y de su conflicto resultó una extremada agonía, que le causó un copiosísimo sudor de sangre, que derramó hasta el suelo. Porque como su imaginacion era tan viva, y su sabiduría tan grande, se le representaron como si actualmente estuviese padeciendo los cruelísimos tormentos que le esperaban. En los intervalos de esta oracion iba el benignísimo Jesus à visitar à sus Apóstoles, encargándoles que orasen y velasen. La última vez que fue à ellos, los encontró dormidos à causa del pesar y tristeza que les afligia, y les dixo : *bien podeis dormir y descansar, que ya llegó la hora, en que vereis al Hijo del hombre entregado en manos de los Pecadores. Pero basta : levantaos y vamos, que ya está cerca el que me ha de entregar, porque me tiene ya vendido.*

Estando diciendo esto el Señor, llegó el perverso Júdas, que iba capitanando aquella infernal chusma, y le dió à su divino Maestro el ósculo de paz, que era la señal con que les habia prevenido, para que no se equivocasen en prender à otro. Saludóle, diciendo : *Dios te salve, Maestro.* Y el divino Jesus le respondió : *amigo, à qué veniste?* como si dixera : *amigo, advierte que te pierdes, y malogras mi liberal mansedumbre con esta traicion. Si quieres mi amistad, no te la negaré por esta, como te duelas de tu pecado.* O clementísimo Dios, y hasta dónde llega tu amor y piedad! Pero no prendió esta semilla tan divina en el corazon del desdichado mas duro que un diamante. Volvióse el Señor à los Soldados y Sayones, y les dixo : *à quién buscáis?* Respondiéronle ellos : *à Jesus Nazareno.* Y el Señor les respondió : *yo soy.* A esta voz sola los derribó à todos en tierra. Dió permiso que se levantasen, y volvióles à preguntar : *à quién buscáis?* Respondieron ellos : *à Jesus Nazareno.* Retornó Christo : *ya os he dicho que yo soy; si me buscáis à mi, dexad ir libres à estos que están conmigo.*

Dióles entonces licencia para que le prendiesen, y el primero y mas atrevido que le echó mano, fue un criado del Pontífice, llamado Malco; y no pudiendo tolerar San Pedro tanto desacato, encendido en el zelo de la honra y defensa de su Maestro, sacando un alfange que llevaba, le tiró un golpe, que le cortó una oreja. Volvióse Christo à Pedro, y le reprehendió del hecho, diciéndole : *para qué has hecho tal cosa? Te parece, que si yo no me ofreciera gustoso à padecer por el hombre, y quisiera libertarme de esta*

prision, no llamaria à mis Angeles que me librasen? Ea, embayna esa espada, que quien à hierro mata, à hierro muere. Y tomando el benignísimo Jesus la oreja cortada, se la puso à Malco, dexándose-la con perfecta sanidad. Díxoles el clementísimo Señor, *que aquella era su hora, y el poder de las tinieblas*; y desde entónces les permitió, que le llevasen preso, y executasen con él su voluntad. Amarráronle con cadenas y sogas muy fuertemente, y así le llevaron con suma inhumanidad à casa del Pontífice.

Arado y preso el mansísimo Cordero Jesus, fue llevado desde el Huerto à la presencia de Anás. Iban prevenidos aquellos inhumanos Ministros con las advertencias del traydor Discípulo, que no se fiasen de su Maestro, que le llevasen muy amarrado y atado, porque era hechicero, y se les podia salir y escapar de entre las manos. Lucifer y sus Príncipes de las tinieblas ocultamente los irritaban y provocaban, para que impía y sacrílegamente tratasen al Señor con la mayor crueldad. Atáronle con muchas sogas, pero en especial (dice la Ven. Madre Agreda) con una cadena de grandes eslabones de hierro, con tal artificio, que rodeándosela à la cintura y al cuello, aun sobraba bastante de los extremos, con los cuales le ataron las manos atrás, y además de eso le pusieron esposas.

Con todo este peso y trabajo le llevaron aquellos cruelísimos Sayones, tirándole con sogas unos malvados hombres. Considérese qué congoxado llegaría el benignísimo Jesus desde el Huerto à la casa de Anás, tan cargado de hierro: porque la cadena (segun dicen algunos Autores místicos) la cogieron aquellos Ministros infernales de la casa del Pontífice, que servia de alzar (à modo de rastillo) la puerta de un calabozo, por ser levadiza: y así era muy grande y de mucho peso. Las sogas eran dos, y muy fuertes y largas: porque despues de haberle rodeado bien el cuerpo con ellas, sobraban quatro extremos, dos atrás y dos delante, de los cuales iban agarrados quatro Ministros inhumanos, que tan breve le tiraban à una parte como à otra; lo que daba ocasion à que cayese muchas veces nuestro Redentor, y le llevasen arrastrando, no aguardando à que de suyo se levantase, porque à golpes y empellones le hacian levantar y caminar aprisa: pues era mucho el deseo que tenian de llegar à presentarle à Anás, y darle este buen gusto, por el que él tanto anhelaba y esperaba.

Como todo aquel esquadron de malos hombres acometieron à prender à Christo, con quien todos estaban irritados y ocupados, los Apóstoles aprovechándose de la ocasion, huyeron sin ser vistos: así lo dispuso el Salvador con la fuerza de su providencia.

Dividiéronse unos de otros, huyendo à diferentes partes. Solo San Pedro y San Juan se juntaron, para seguir de léxos à su Dios y Maestro, hasta ver el fin de su pasion. Para determinarse à esta resolucion ayudó mucho el conocimiento que tenia San Juan con el Pontífice Anás, entre el qual y Cayfás andaba el Pontificado, alternando los dos, y aquel año lo era Cayfás. Llegaron à casa de Anás, y como San Juan era conocido en ella, entró facilmente. Quedóse fuera San Pedro, hasta que la portera que era una criada del Pontífice, à petición de San Juan le dexó entrar, para ver lo que sucedia con el Redentor. Entraron los dos Apóstoles en el zaguan de la casa, ántes de la sala del Pontífice, y San Pedro se llegó al fuego que allí tenian los Soldados, porque hacia la noche fria. La portera miró y reconoció en San Pedro ser Discípulo de Christo, y llegándose à él, le dixo: *tú acaso no eres de los Discípulos de este hombre?* Y poseído del temor el Santo, respondió: *yo no soy Discípulo suyo.* Con esta respuesta se apartó de la conversacion, y salió de la casa de Anás, y cantó el gallo.

Al tiempo de llevar à Jesus en casa de Cayfás, siguió (aunque de léxos) San Pedro à su Maestro, llevado del amor que le tenia, y entre la multitud que entraba y salia en la casa del Pontífice, se introduxo el Apóstol. En las puertas del zaguan le miró otra criada, que era portera como la de casa de Anás, y acercándose à los Soldados, les dixo: *este hombre es uno de los que acompañaban à Jesus Nazareno.* Y uno de los circunstantes le dixo: *tú verdaderamente eres Galileo, y uno de ellos.* Nególo San Pedro, afirmando con juramento, que no era Discípulo de Jesus, y con esto se desvió de ellos. Andaba el Apóstol acechando por la casa de Cayfás, por ver el fin del Salvador, quando un pariente de Malco, à quien San Pedro le habia cortado la oreja, le conoció, y le dixo: *tú eres Galileo y Discípulo de Jesus, porque yo te vi con él en el Huerto.* Entónces San Pedro cobró mayor miedo, viéndose conocido, y comenzó à negar y maldecirse, que no conocia à aquel hombre. Luego cantó el gallo segunda vez, y se cumplió puntualmente lo que su divino Maestro le habia dicho, *que le negaría aquella noche tres veces, ántes que cantase el gallo otras tres veces.* Lo mismo fue oírle cantar, que acordarse el Apóstol del dicho de Christo: y mirándole el Señor, pues se puso en parage de poderle ver, conoció su pecado. Al punto se salió de la casa del Pontífice, rompiendo su corazon con íntimo dolor y lágrimas de su caida. Desde allí se fue à una parte retirada de la ciudad, donde estuvo llorando amargamente la ofensa que habia hecho à Dios en sus maldiciones y juramentos, hasta que resucitó su Maestro.

Este santo Discípulo y Apóstol volvió à la gracia de su Redentor, porque conoció su culpa y la lloró; pero el perverso y malvado Júdas permaneció en su malicia. No obstante reflexionando despues sobre lo que habia hecho, y viendo que por causa suya era su Maestro tan mal tratado, y su Bienhechor perseguido con tanta crueldad, se empezó à confundir con su propia alevosía. Representábasele clara y patentemente los muchos beneficios que habia recibido de su Maestro: las amonestaciones que la santísima Vírgen le habia hecho, para apartarle del precipicio à que vino à caer: sus muchos y enormes pecados; y à todo atizaba lucifer, para que se desesperase. Estuvo en la casa del Pontífice para arrojarse desde lo alto de su edificio; pero saliendo de allí como una fiera rabiosa, se echaba muchas maldiciones. Propúsole el demonio que se fuese à los Sacerdotes, y confesando su pecado, les volviese su dinero. Hizolo Júdas, y à voces les dixo: *pequé, entregando la sangre del Justo*. Mas ellos le respondieron, *que lo hubiera mirado primero, que à ellos qué les venia en eso?* Aquí acabó Júdas de desesperarse; y aumentándole el demonio los despechos y tristeza, le persuadió, que para no esperar mas duras penas, se quitase la vida.

Admitió Júdas este formidable engaño, y saliéndose de la ciudad, anduvo buscando una parte retirada de las gentes, donde poderse matar. Vagueaba desesperado, por acabar de una vez con tantas aflicciones de su espíritu; y llegando à un sitio donde habia un árbol seco, formó en una gruesa rama un lazo, y echándosele al cuello, se arrojó de él, con que quedó colgado y muerto, haciéndose homicida de sí mismo el que se habia hecho deicida de su Criador. Sucedió esta infeliz muerte el mismo dia, el Viérnes à las doce, que fue el medio dia ántes que muriera nuestro Salvador; porque no convino, que su muerte y nuestra consumada Redención cayese luego sobre la exêcrable muerte del alevoso y traydor Discípulo, que con su malicia la habia despreciado.

Recibieron luego los demonios el alma del malvado Júdas, y la llevaron à los infiernos, donde estará por eternidades de siglos. Su infernal cuerpo quedó colgado, y luego de improviso rebenataron sus entrañas con admiracion y asombro de todos lo que le vieron, atribuyéndolo à castigo merecido por la traicion de aquel pésimo y pérfido Discípulo. Perseveró aquel maldito cuerpo ahorcado tres dias en el árbol, y público à todo Jerusalem, que sabian la maldad que este infame habia cometido. Intentaron los Judíos quitarle del árbol, y ocultamente enterrarle; porque de aquel espectáculo redundaba grande confusion contra los Sacerdotes y Fa-



riseos, que no podian contradecir aquel testimonio claro de su maldad. Pero dispuso la divina Providencia, que no pudiesen conseguirlo, por mas que hicieron para quitarle del árbol; porque queria hacer manifiesto à todos el exécrable delito que habian cometido contra el Autor de la vida y su Criador mismo: y así por mas industrias que usaron para desprenderle de la rama, no pudieron derribar de ella el cuerpo abominable de Júdas, hasta que pasados los tres dias, por disposicion de la Justicia divina, los mismos demonios le quitaron de la horca, y le llevaron con su alma, para que en lo profundo del infierno pagase en cuerpo y alma eternamente su pecado.

Llegó pues el Redentor del mundo à la presencia del infame Príncipe Anás, que lleno de soberbia y arrogancia estaba sentado en su tribunal como Juez. Dixéronle los malos Ministros: *ya, señor, traemos aqui este mal hombre, que con sus hechizos y maldades ha inquietado à todo Jersusalem; y esta vez no le ha valido su arte mágica, para escaparse de nuestras manos.* El Pontífice le preguntó con imperiosa autoridad por sus Discípulos; y qué doctrina era la que predicaba y enseñaba? A que respondió el benigísimo Jesus con humildad suma: *yo siempre he hablado en público, enseñando y predicando en el templo, donde concurren los Judíos, y nada he dicho en oculto. ¿Qué me preguntas à mi, pues ellos te dirán (si les preguntas) lo que yo les he enseñado?* A esta eficaz y humilde respuesta, un sacrilego Ministro, que segun afirman muchos, fue Malco, à quien Christo le sanó la oreja, le dió una horrible bofetada, y le reprehendió, diciendo: *¿así respondes al Pontífice?* Mas el Señor con grande mansedumbre le respondió: *¿si yo he hablado mal, da testimonio, y di en qué; y si hablé bien, por qué me has herido?* Con esta respuesta tan justa y humilde quedó aquel hombre perverso confuso en su maldad.

Despues de estas befas y baldones que recibió Jesus à vista de aquel malvado Juez, le remitió à Cayfás, que hacia aquel año oficio de Pontífice. Ya estaban allí congregados los Escribas y Señores del pueblo, para sustanciar la causa del inocentísimo Cordero. Recibiéronle aquellos perversos Jueces con grande risa y mofa, por tenerle ya entre sus manos. El Pontífice Cayfás estaba en su cátedra encendido en mortal envidia y furor contra el Autor de la vida. En fin todos se alegraban con extremo tenerle ya en sus malditas garras. Luego de comun acuerdo buscaron testigos, que sobornados con dádivas y promesas, dixesen algun falso testimonio contra Jesus. Vinieron los que estaban prevenidos, y los testimonios que dixeron, ni convenian entre sí mismos,
ni

ni ménos podían ajustarse con el que por naturaleza era la misma inocencia y santidad. El pacientísimo Señor à ninguno habló cosa alguna. Mas viendo Cayfás su paciencia y silencio, se levantó de la silla, y le dixo: *¿cómo no respondes à lo que tantos testifican contra ti?* Pero tampoco respondió à esto su Magestad. Irritado este malvado Pontífice, volvió à preguntar: *¿yo te conjuro por Dios vivo, que nos digas si tú eres Christo, Hijo de Dios vivo?*

A esta pregunta luego respondió el Salvador, porque como oyó nombrar à su Padre, mostróse obediente à su nombre santísimo, aunque pronunciado por aquella sacrílega lengua; y así le dixo: *tú lo dixiste, y yo lo soy. Pero yo os aseguro desde ahora, que vereis al Hijo del hombre, que soy yo, sentado à la diestra del mismo Dios, y que vendrà en las nubes del cielo.* Con esta respuesta se indignó mucho Cayfás, y levantóse de la silla furioso; y rompiendo sus vestiduras, en testimonio que zelaba la honra de Dios, dixo à voces: *blasfemado ha; ¿qué necesidad hay de mas testigos? No habeis oido la blasfemia que ha dicho? Qué os parece de esto?* Entónces todo aquel Concilio de maldad se irritó contra el Redentor; y respondiendo à Cayfás, dixerón en altas voces: *digno es de muerte; muera, muera.* Y à un mismo tiempo irritados todos, arremetieron contra el mansísimo Señor; y descargando sobre él su furor rabioso, unos le daban de bofetadas, otros le herian à puntillones, otros le mesaban los cabellos, otros le escupian en su venerable rostro, otros le daban golpes y pescozones en el cuello, que era un linage entre ellos de afrenta vil: porque así trataban los Judíos à los hombres que reputaban por muy infames. Jamás entre los reos se intentaron ignominias tan afrentosas y desmedidas, como las que en esta ocasion se hicieron contra el Redentor del mundo.

Con los oprobrios y burlas que aquella noche hicieron con Jesus, Cayfás, los Fariseos y demás diabólica chusma, quedaron cansados, y determinaron irse à recoger hasta la mañana, por dar lugar à sus abominables determinaciones. Entre tanto le metieron al benignísimo Dios en un sótano que servia de calabozo para los mayores ladrones y facinerosos de la república. Era esta cárcel obscurísima, y tan inmunda y de tan mal olor, que pudiera infestar la casa, si no estuviera tan cerrada, y allí metian à semejante gente, como indigna de toda piedad. Lleváronle à ella casi arrastrando, dándole mil golpes, y diciéndole mil blasfemias. En un ángulo de lo mas profundo de aquel sótano sobresalia un peñasco à manera de pirámide, y así aprisionado como le habian traído del Huerto, dice la Venerable Madre Agreda, que le
ata-

ataron nuevamente à él , dexándole con sumo trabajo , que ni podia sentarse , ni estar derecho , sino como inclinado.

Dexáronle cerrado , pero el Ministro que se hizo cargo de la llave , de allí à poco convidó à ciertos amigos suyos , tan inhumanos como él , para ir à pasar un rato de diversion con Jesus. Baxaron al calabozo , y como le tenian por hechicero y adivino , le daban cruelísimos golpes , diciéndole , que adivinase quién le heria. Iba ya viniendo la mañana , y los Ministros de la crueldad , como le habian desatado de la peña à que estaba amarrado , para burlarse mas à satisfaccion , del mansísimo Cordero , le volvieron à atar con una inhumanidad increíble ; y dexándole solo , cerraron el calabozo. Los escarnios , baldones , tormentos y crueldades que executaron estos malos hombres con Jesus aquella noche , fueron tantos y tan grandes , que dice San Gerónimo , como por horribles è inauditos , no se sabrán hasta el dia del juicio.

En amaneciendo el Viérnes por la mañana , se juntaron los Príncipes de los Sacerdotes y los Escribas en casa de Cayfas à sustanciar la causa de Christo. Subiéronlo los Sayones inhumanos del calabozo à la sala del Concilio ; y al desatarle del peñasco , le decian con grandes risotadas y escarnios : *¿de qué te han servido tus artes y tus milagros vanos , que no has sido capaz con ellos à desprenderte de nuestras ligaduras ? En qué mayor ocasion que esta los debieras usar , y no guardarlos para otros tiempos ? Pero ven , ven , que ya están preparados los Jueces para dar fin à tus engaños.* A nada de esto desplegó sus labios el inocentísimo Jesus. Pusieronle à la presencia de aquellos iniquos Jueces , tan desfigurado y flaco , que les causó espanto el mirarle , pero no compasion ; porque como aquella noche habia padecido tanto , y mucho mas con los juguetes que habian hecho con él en el calabozo , tantos tormentos , bofetadas y salivas , no tenia figura de lo que ántes era. Volviéronle à preguntar , si era Christo : no con ánimo de oír la verdad sino para calumniar su respuesta , y ponerla por acusacion. Respondióles el dulcísimo Jesus : *si yo afirmo , que soy el que me preguntais , no dareis crédito à lo que yo digere , y si os preguntare algo , tampoco me respondereis , ni me soltareis. Pero digo , que el Hijo del hombre despues de esto se sentará à la diestra de la virtud de Dios.* Replicaron los Pontífices : *luego tú eres Hijo de Dios ?* Respondió el Señor : *vosotros decis que yo soy.*

Al ver que se ratificaba en lo que ántes habia confesado , todos à grandes voces dixeron : *¿qué necesidad tenemos de mas testigos , pues él mismo nos lo confiesa por su boca ?* Y luego de comun acuerdo decretaron , que como digno de muerte fuese llevado

y presentado à Pilatos , que gobernaba la provincia de Judea en nombre del Emperador Romano , como Señor de Palestina en lo temporal. Era Ley del Imperio , que las causas de sangre ó de muerte se reservasen al Senado ó Ministros que gobernaban las provincias remotas , y no se las dexaban à los naturales. Y en que Pilatos le sentenciase , se holgaban los Judíos , para cumplir con el pueblo , diciendo , que el Gobernador Romano , que era Gentil , le habia condenado , y que no lo hiciera , si no fuera digno de muerte. Al tiempo de sacar à Jesus à casa de Pilatos , ya estaban todas las calles de Jerusalem llenas de gentes. Era muchísimo el concurso , por haber concurrido muchos à la celebracion de la Pasqua de los Azimos. Dividiase todo el vulgo en opiniones; unos à grandes voces decian : muera, muera este hombre , que tiene engañado el mundo. Otros respondian : no parecian sus doctrinas tan malas , ni sus obras , porque hacia muchas buenas à todos. Los que habian creido en él , se afligian y lloraban; y así toda la ciudad estaba confusa y alterada.

La afligidísima Madre de Jesus , que interiormente lo miraba todo por disposicion de su santísimo Hijo , determinó salir à verle , quando le llevaban à casa de Pilatos. A la salida encontró al Discipulo amado , que la venia à dar cuenta de todo lo que pasaba. Dixola : *ó Señora mia , qué afligido queda nuestro divino Maestro! No es posible mirarle , sin romper el corazon de quien le viere , porque de las bofetadas , golpes y salivas , está su hermosísimo rostro tan afeado y desfigurado , que apenas le conoceréis por la vista.* Mandóle la soberana Reyna que la acompañase , y juntamente à las piadosas mugeres que le asistian. Caminaba esta Señora por las calles , donde oía varias razones del suceso lastimoso que unos à otros se decian. Algunos se lastimaban de esta afligidísima Madre , y decian : *ó Madre triste ! qué desdicha te ha sucedido ! qué lastimado y herido estará tu corazon!* Otros con impiedad la decian : *qué mala cuenta has dado de tu Hijo ! Por qué le consentias que intentase tantas novedades en el pueblo ? Mejor fuera haberle recogido ; pero esto será escarmiento para otras madres , que aprendan en tu desdicha , cómo han de enseñar à sus hijos.* Estas razones y otras oía la dolorosísima Señora , y aun mas terribles ; mas à todas dava su ardiente caridad el lugar que convenia , admitiendo la compasion de los piadosos , y sufriendo la impiedad de los incrédulos.

Llegó en fin María Santísima à alcanzar à ver à su Hijo Santísimo à la vuelta de una calle : miráronse el uno al otro , y habiéndose con los interiores traspasados de inefable dolor , pasó Jesus , siguiéndole la Madre. Entró Christo Bien nuestro en casa de

Pilatós , siguiéndole muchos del Concilio y gente innumerable de todo el pueblo. Presentáronle al Juez : mas los Judíos se quedaron fuera del Pretorio ó Tribunal , fingiéndose muy religiosos , por no quedar irregulares è inmundos para celebrar la Pasqua de los Panes ceremoniales ; y no reparaban en el inmundo sacrilegio que les contaminaba las almas homicidas del Inocente. Preguntóles Pilatós : *qué acusacion es la que teneis contra este Hombre ?* Respondieron los Judíos : *si no fuera malhechor , no te lo traxéramos así atado y preso.* Respondió Pilatós : *qué delitos son los que ha cometido ?* Los delitos son : *que inquieta la república , y se quiere hacer nuestro Rey ; prohíbe que se le paguen al César los tributos : se hace Hijo de Dios ; y ha predicado nueva doctrina , comenzando desde Galilea , y prosiguiendo por toda Judea hasta Jerusalem.* Dixoles Pilatós : *tomadle allá vosotros , y juzgadle conforme à vuestras leyes , que yo no hallo causa justa para condenarle. A nosotros (replicaron los Judíos) no se nos permite condenar à alguno con pena de muerte , ni tampoco dársela.*

Retiróse Pilatós à preguntar à Christo ; *si era Rey de los Judíos ?* Respondióle el Señor : *mi reyno no es de este mundo , porque si lo fuese , cierto es , que mis vasallos me defenderian , para que no fuera entregado à los Judíos ; mas ahora no tengo aqui mi reyno.* Luego tú eres Rey , pues tienes Reyno ? replicó Pilatós. A esto le dixo Christo : *tú dices , que yo soy Rey ; y para dar testimonio de la verdad , nací yo en el mundo , y todos los que son nacidos de la verdad , oyen mis palabras.* Admiróse Pilatós de esta respuesta del Señor ; y volvióle à preguntar : *qué cosa es verdad ?* y sin aguardar mas respuesta , salió otra vez del Pretorio , y dixo à los Judíos : *yo no hallo culpa en este hombre para condenarle. Ya sabeis que teneis costumbre de que por la fiesta de Pasqua dais libertad à un preso : decidme , si gustais que sea Jesus ó Barrabás ?* Este era un ladrón y homicida , que tenian en la cárcel , por haber muerto à otro en una pendencia. Levantaron todos la voz , y dixeron : *à Barrabás pedimos que sueltes , y à Jesus que crucifiques.*

Viendo que por este camino no podia Pilatós eximirse de condenar y juzgar à Christo , y habiendo oido , que una de las acusaciones de los Judíos era , que predicaba desde Galilea hasta Judea , preguntó si era Galileo. Informándole que sí ; de aquí tomó algun motivo para inhibirse en la causa de Jesus , à quien hallaba sin culpa , y exónerarse de la molestia de los Judíos , que tanto instaban le condenase à muerte. Hallábase en aquella ocasion Herodes en Jerusalem , celebrando la Pasqua de los Judíos. Este era Herodes Antipas , hijo de Herodes Ascalonita , el que degollo

lló à los Inocentes , y aquel al Bautista. Estaba Pilatos con Herodes , porque los dos gobernaban las dos principales provincias de Palestina , aquel la Judea y éste la Galilea. El motivo de estar encontrados fue , que Pilatos , zelando el dominio del Imperio romano , habia degollado à unos Galileos , quando hacian ciertos sacrificios , segun consta del cap. 23. de San Lucas , mezclando la sangre de los reos con la de los sacrificios. De esto se habia indignado Herodes : y para darle Pilatos de camino alguna satisfaccion , determinó remitirle à Christo , como vasallo suyo y natural de Galilea , que exâminase su causa y la juzgase ; y en esto esperaba Pilatos que Herodes le daria por libre , como à inocente , y acusado por envidia de los Escribas y Fariseos.

Llevaron al inocentísimo Jesus à casa de Herodes con la misma inhumanidad que de casa de Cayfás à la de Pilatos. Alegróse mucho Herodes que Pilatos le enviase à Christo , y agradecido al obsequio , se reconcilió con él , quedando desde entónces amigos. Luego que Herodes tuvo en su presencia à Jesus , à quien tenia por encantador y mágico , comenzó à exâminarle , haciéndole algunas preguntas , pensando que con ellas le incitaría à hacer algunas maravillas como deseaba. Pero como el dulcísimo Maestro conocia que todo era curiosidad , y por mofar qualquiera prodigio que obrase , no le quiso responder à quanto le preguntó. Indignóse mucho el malvado Herodes de este silencio , y aunque los Príncipes de los Sacerdotes y los Escribas le acusaban , viendo que tampoco à estos cargos respondia palabra , le despreció ; y vistiéndole una vestidura blanca por escarnio , se lo volvió à enviar así à Pilatos. Fueron muchos los desacatos que hicieron en el camino con Jesus los Judíos ; tanto , que en esta vuelta de Herodes à Pilatos le hicieron brotar la sangre de sus venas. A todas estas vueltas y revueltas seguía à su amantísimo Hijo la afligida Madre con San Juan y demás piadosas mugeres , llenos todos de una incomparable tristeza y copiosísimo llanto.

Sintió mucho Pilatos que le devolviese Herodes à Christo , porque deseaba exîmirse de su causa , pues le conocia inocente. Ideó otros medios , por ver si le podia libertar. Entre tanto que le remitió à Herodes , habló à solas à algunos Ministros , amigos de los Pontífices , para que pidiesen su libertad , prometiéndoles que él le daria alguna correccion , y le despacharia : mas que en lugar de Barrabás le concederia la gracia permitida por la Pasqua. Pero nada de esto bastó. Hablóles en fin à los Judíos con mas resolucion que ántes , y les dixo : yo he exâminado à este hombre en vuestra presencia , y no he hallado en él por qué con-

con-



condenarle ; de los cargos que le haceis , no ha sido convencido. Hele remitido à Herodes para que sentencie su causa , y tampoco le condena. Mas supuesto que he de soltar à algun malhechor por la solemnidad de la Pasqua , soltaré à Christo , y à Barrabás castigaré. A esto respondieron todos con suma vocería : muera Christo , y danos libre à Barrabás.

Esta costumbre de dar libertad en la Pasqua à un malhechor , se introduxo entre los Judíos en memoria de la libertad que tal dia como aquel habian alcanzado sus padres , rescatándoles el Señor del poder de Faraon. En recompensa de este beneficio hacian otro los Hebreos , perdonando al mayor delinqüente que hubiese en las cárceles. Este era uno de los pactos que tenian hechos con los Romanos , que se les guardase esta costumbre. Pero en esta ocasion la pervirtieron ; porque habiéndose de soltar al mas delinqüente , y confesando ellos que Jesus Nazareno lo era , con todo eso dexaron à Christo y eligieron à Barrabás , à quien reputaban por ménos malo. Tan ciegos los tenia la ira y envidia contra Christo nuestro Bien.

Por ningun camino podia dar libre Pilatos à Christo. Estando pues en estas altercaciones con los Judíos , fue sabedora su muger Prócula de lo que acontecia , y le envió un recado , diciéndole: *qué tienes tú que ver con ese Hombre justo ? déxale ; porque te hago saber , que por su causa he tenido hoy algunas visiones y sugestiones.* Estas provinieron del demonio: porque ya entónces se hallaba confuso este infernal dragon al ver padecer à Christo con tanta paciencia , y tan inmutable mansedumbre , que se persuadió ocurría allí un gran misterio , que seria de mucha utilidad para los hombres y para él de mucho daño ; y así desde entónces no solo à la muger de Pilatos , mas tambien à los Fariseos y al mismo Pilatos procuró persuadirles , no prosiguiesen en quitarle la vida à Christo. Habló aquella noche en sueños à la muger de Pilatos , proponiéndola , que aquel Hombre era justo y sin culpa , y que si le condenaba su marido , seria privado del empleo , y à ella le sucederian muchos trabajos: que le aconsejase à Pilatos soltase à Jesus y castigase à Barrabás.

Con estas novedades , y algunos otros temores que le sugirió el demonio à Pilatos , insistió tercera vez con los Judíos , defendiendo à Christo como inculpable. Pero cada vez se enfurecian mas aquellos sangrientos lobos contra el inocentísimo Cordero. Tomò el último medio , pero cruel. Díxoles , que él le castigaria y enmendaria , y despues le despacharia corregido. Entregòle à seis Sayones para que le azotasen. Estos , como tigres furiosos , llegaron al
dul-

dulcísimo Jesus, y atándole desnudo à una columna, le dieron hasta cinco mil y tantos azotes, de manera, que le hicieron su santísimo cuerpo todo una llaga; porque los seis se sucedieron de dos en dos, y cansados unos, le azotaban otros: los primeros con cordeles fuertes y nudosos, los segundos con manojos de espinos, y los terceros con ramales de garfios à las puntas. Ya estos terceros no hacian mas que golpear en las heridas de aquel sacratísimo cuerpo.

Finalizado este martirio, idearon otro los Judíos. Fueron à Pilatos, y le dixeron: este seductor ha querido hacerse Rey nuestro, y para humillarle, queremos permitas le pongamos las insignias reales que merece su fantasía. Estas fueron una ropa sucia y asquerosa de púrpura, una corona de espinas agudísimas que le pusieron en su cabeza, con tanta crueldad, que sus agudas puntas traspasaron su sagrado cerebro, y empezó à correr sangre por su santísimo rostro con abundancia copiosísima: despues le pusieron por cetro una caña, con la qual le hirieron muchas veces, en señal de desprecio y afrenta, porque era tal quando à alguno le daban con ella. Sentáronle en un poyo, y allí todos empezaron à burlarse de él, saludándole como à Rey con sumo escarnio.

Satisfechos ya estos malvados con este género de tormentos, le volvieron à Pilatos, que al verle como se le traían, se quedó como pasmado, no juzgando que llegase à tanto la cruel inhumanidad; pues entre los Judíos era ley, no pasasen de quarenta azotes los que daban à los reos. Quiso valerse de esta ocasion, manifestándole al pueblo, por ver si al mirarle tan maltratado, se movian à compasion, y así le daban libre. Sacòle à un balcon de su palacio, y dixo en alta voz: *aquí teneis à este Hombre: Ecce Homo; qué quereis hacer mas con él? Ya no es él, ni su figura. Dexadle libre, y yo le despacharé enmendado.* Lo mismo fue decir esto Pilatos, que todos à grandes gritos clamaron: *crucifícale, crucifícale; y si esto no haces, no eres amigo del César.* Temió Pilatos este dicho, llevándole mas lo temporal que lo eterno: y luego pronto lo sentenció à muerte. No obstante pidió agua para labarse las manos, dando à entender con esta exterior ceremonia, que no era corresponsal à aquella muerte, pues se lababa de su culpa, para que nunca jamás se la imputasen. Pero con todo, él lo hizo (dice San Agustín) y no se eximió de culpa y grave; pues por el amago que le hicieron del César, condenó à muerte al Autor de la vida, suponiendo mas en él perder las conveniencias mundanas que las divinas.

Viendo los Judíos cumplidos sus malos deseos, luego previnieron la cruz, para que el mismo Salvador la llevase al lugar donde habia de ser crucificado. Empezáronle à quitar las vestiduras del

escarnio, que era la púrpura andrajosa para burlarse de él: dexáronle desnudo à vista de toda aquella publicidad, haciéndole así mil befas por un grande rato. Pusieronle sus propias vestiduras, con el fin que todos le conociesen; porque con los azotes, salivas y corona de espinas estaba tan desfigurado, que à no ser por el vestido propio, no le conocieran. Para quitarle unas vestiduras y ponerle otras, le arrancaron con suma inhumanidad la corona de espinas, y asimismo la púrpura, que la tenia pegada à todo el cuerpo por la abundancia de sangre que corria de sus muchas llagas. Volvieron à ponerle la corona con mucha mayor crueldad que àntes, y empezaron à correr de nuevo sangre las heridas.

Ya todo dispuesto para sacar à Christo al Calvario, corrió la voz de la sentencia, y luego se llenaron las calles de gentes para verle salir. Iba el dulcísimo Jesus con una cruz pesadísima sobre sus hombros, y una soga al cuello, por la qual tiraba inhumanamente un verdugo, para que quanto àntes llegase al suplicio, y otros muchos detrás dándole empellones. Así caminaba el inocentísimo Cordero sin desplegar los labios, cumpliéndose lo del Profeta: *como la oveja que va à ser muerta sin balar, así Christo caminará para la muerte.* Con la tropelía y violencia que le llevaban cayó diferentes veces con la cruz el amantísimo Señor, y el modo de levantarle era à golpes y tirándole de las sogas. Temíanse, que con la suma flaqueza y debilidad que tenia, por lo mucho que se habia desangrado y padecido, no pudiese llegar al Calvario; y buscaron à un hombre, llamado Simon de Cirene ó Cirineo, que le ayudase à llevar la cruz, la qual era de quince pies de largo.

Procuró la afligidísima Madre (que no dexó de acompañar à su Hijo desde que salió del Cenáculo) hacerse encontradiza con él; y al volver una calle, se vieron y hablaron interiormente los dos traspasados corazones. No dieron lugar aquellos inhumanos verdugos à mucho tiempo, pues en quanto la desconsolada Señora le limpió su santísimo rostro, arrebataron con él, quedando aquella afligidísima Señora casi desmayada de dolor. Mas adelante volvió à salir una piadosísima muger, que movida de lástima, al ver à Jesus tan sudado y lleno de sangre su rostro, quitándose el velo que llevaba en la cabeza, se arrojó intrépida à limpiárselo con él; y en correspondencia de su piedad, permitió el Señor quedarse estampado su santísimo rostro en aquel paño, que hoy dia se conserva en la Basilica de San Pedro en Roma, al qual llaman *Verónica*.

Llegó nuestro amantísimo Señor al Calvario, y en su compañía dos Ladrones à ser crucificados, que así lo determinaron los Judios, para desacreditarle y deshonorarle mas. Luego que llegó, le
qui-

quitaron sus vestiduras, dexándole en carnes. Mandáronle con imperiosa soberbia tender sobre la cruz, para ajustar los barrenos; pero estos malvados los hicieron mas largos que lo que se estendia el cuerpo. Volvieron à mandar tender à Christo en la cruz para clavarle; y como no venian las manos y los pies à los barrenos, dice San Anselmo, que le ataron à las muñecas unas sogas, y que empezaron à tirar de ellas los mas fuertes Sayones, hasta que hicieron llegar las manos à los barrenos señalados, con cuya crueldad todo su santísimo cuerpo fue descoyuntado. Empezaron à clavarle con suma inhumanidad, traspasándole con unos clavos muy agudos esquinados y grandes aquellas delicadísimas manos y pies. Cada golpe que daban, se estremecia su santísimo cuerpo; y qué serian los que muchas veces daban con el martillo en sus sacratísimos dedos? O qué dolor! pues el referirlo solo, estremece. Ya clavado el Redentor del mundo, le volvieron hacia la tierra, y la cruz sobre las espaldas, para remachar los clavos. Considérese, qué tormento no seria este; pues con él se renovaron sus llagas, y empezó à salir sangre con abundancia.

Concluido todo, le volvieron à poner la corona de espinas, que se la habian quitado al sacarle por la cabeza la túnica inconsútil, y con la misma inhumanidad que las demás veces, se la volvieron à poner. Hicieron luego un hoyo muy profundo en la tierra; para enarbolar y meter la cruz. Apenas empezaron à levantarla, quando empezó una gritería suma, haciéndole mil escarnios y diciéndole mil blasfemias. Quando ya tenian casi en pie la cruz, la dexaron caer en aquel hoyo tan fuertemente, que rompiéndose de nuevo todas las llagas; se formó de aquel santísimo cuerpo un espectáculo lastimoso, que à manera de fuentes derramaban copiosamente su sangre. Crucificaron luego à los dos Ladrones, poniendo à Jesus entre los dos, como à quien reputaban por el principal malhechor. Comenzaron à decirle: no eres tú el que decias, que en tres dias derribarias el Templo, y en otros tres le volverias à levantar? Pues obra esas maravillas contigo, y despréndete de la cruz. Otros decian: si eres Hijo de Dios, por qué no baxas de esa cruz, y te creeremos? Uno de los Ladrones le decia: si eres Hijo de Dios, sálvate à tí mismo y à nosotros. Mas el otro, tocado en el corazon, y reflexionando en la suma paciencia con que Jesu-Christo sufría tantos baldones y tormentos, le reprehendió. Reconocióle por Hijo del Eterno Padre; y volviéndose à Jesus, le pidió perdon de sus culpas, y que se acordase de él en su reyno; y el Señor se lo concedió, diciéndole: *hoy estarás conmigo en el paraíso.*

Ya iban faltando las fuerzas à la Humanidad santísima de Je-

sus,

ñus, y mirando hácia su Madre, que llorosa y afligida estaba al pie de la cruz con San Juan, le dixo: *muger, ves abí à tu hijo.* Y despues al Apóstol: *ves abí à tu madre.* Llegabase ya la hora de nona, aunque por la obscuridad que los astros habian demostrado, sintiendo la pasion de su Criador, como tambien todas las demás criaturas, mas parecia confusa noche, quando Jesus dixo: *Dios mio, Dios mio, por qué me has desamparado?* Díxolas en hebreo: *Eli, Eli;* y pensaron algunos que llamaba à Elías, y así le decian: *que venga Elías, y te libre de nuestras manos.* De allí à poco dixo: *sed tengo.* Y uno de aquellos pérfidos Judios puso una esponja en una caña, embebida en vinagre y hiel, y se la arrimó à la boca. Luego habiéndola gustado, dixo: *consummatum est;* ya está consumada la redencion del hombre: y levantando los ojos al cielo para hablar con su Padre, exclamó, diciendo: *Padre mio, en tus manos encomiendo mi espíritu.* Y al concluiras, espiró.

Eran las tres de la tarde del Viérnes (que esa era la hora de Nona) quando murió Jesu-Christo nuestro Redentor, y todas las criaturas insensibles demostraron sentimiento por la muerte de su Criador: lo que no demostraron los Judios mas insensibles que los mismos insensibles. El sol, luna y estrellas, con los cielos, suspendieron su movimiento y se cubrieron de luto: turbáronse los elementos, tembló la tierra, y muchos de sus montes se rompieron: las piedras unas con otras se quebraban: abriéronse los sepulcros, y salieron de ellos los difuntos: en fin tanta fue la alteracion, que casi se sintió en todo el orbe la novedad. No faltó en Jerusalem en medio de tanta perfidia quienes explicasen su sentimiento; porque lo extraño de los astros y comocion de la tierra, con todas las demás criaturas insensibles, se movieron los corazones de muchos, que confesaron al Crucificado por santo, justo y verdadero Hijo de Dios, como lo hizo el Centurion y otros muchos, que segun refieren los Evangelistas, se volvian del Calvario hiriendo sus pechos de dolor. Y no solo le confesaron los que ántes le habian oido y creido su doctrina; pero tambien otros muchos, que ni le habian conocido, ni visto sus milagros. Baxaron de la cruz à Christo, hízose el entierro, y retiróse María santísima al Cenáculo à llorar la soledad de su Hijo, hasta el dia tercero que fue su resurreccion.

F I N.

Reimprimase.

Dr. Adell, Vic. Gen.

Reimprimase.

Eulate, Regente.

